

ESPECIAL PANDEMIA

TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 1 - Número 3 - Septiembre de 2020

CUENTOS:

«El caso del helado de vainilla»

Ramón Díaz Eterovic

«Bésame mucho, como si fuera la última vez»

Helios Murialdo

«Reflexiones de un superviviente en el año 2040»

Nicolo Gligo Viel

«La sopa china de Wuhan»

Mandrágora Castro

RESEÑAS:

Novela criminal y memoria en la narrativa chilena

Eduardo Contreras Villablanca

CÓMIC:

DISCULPAS

Guión Vancho

Dibujos Kampf



EXTRAS:

«El bacilo robado», cuento clásico de H.G. Wells

«Las pandemias en la literatura de ciencia-ficción», artículo por Bartolomé Leal



03 / CUENTO

EL CASO DEL
HELADO DE VAINILLA
Ramón Díaz Eterovic

06 / CUENTO

BÉSAME MUCHO,
COMO SI FUERA LA ÚLTIMA VEZ
Helios Murialdo

09 / COMIC

DISCULPAS
VANCHO / KAMPF

10 / CUENTO

REFLEXIONES DE
UN SUPERVIVIENTE
EN EL 2040
Nicolo Gligo Viel

12 / CLÁSICO

EL BACILO ROBADO
H.G.Wells

16 / ARTÍCULO

LAS PANDEMIAS EN LA
LITERATURA DE
CIENCIA-FICCIÓN
Bartolomé Leal

20 / CUENTO

LA SOPA CHINA DE WUHAN
Mandrágora Castro

23 / RESEÑA

NOVELA CRIMINAL
EN LA NARRATIVA
CHILENA
Eduardo Contreras

EDITORIAL

Especial Pandemia

Hemos querido juntar en este número un puñado de relatos y un artículo relacionados con la pandemia que nos aflige, el famoso coronavirus, esa «gripecita» jodida que nos ha tenido viviendo lo que nunca pensamos podría ocurrir en el siglo XXI. Pero que sí ha estado presente en la literatura, como verán en este número de Trazas Negras. Anoto varias razones para esta elección temática.

Creo que los géneros que practicamos, el *noir* y la ciencia-ficción, han sido particularmente aptos para expresar, antes, ahora y mañana, los sufrimientos, el horror y los comportamientos inusuales que traen las epidemias mundiales. Al presente, con una enfermedad amplificada por la excepcional época que vivimos en materia comunicacional, esta globalización que se manifiesta tan sonoramente en la virtualidad audiovisual.

Eso por un lado. Por otro, este virus, como todos los virus, es un asesino. Un asesino en serie. Un bicho vivo que se alimenta de otros seres vivos para vivir y reproducirse. Etimológicamente, virus es una palabra latina que significa veneno. De allí derivan otras palabras como viruela, viral, virulencia y el resto. Son agresores netos, y no se salvan de su agresividad las bacterias, los bacilos, los animales, las plantas, los humanos y, por cierto, otros virus.

No vamos a abundar, el tema es científico. Pero este asesino que depreda hoy cuenta con amplia cobertura mediática, mientras los gobiernos de todo el mundo patinan que da gusto para contenerlo con dudosa eficacia. Y la gente se anda muriendo por todos lados.

Pues resulta que este coronavirus se parece más a los virus o pestes que han descrito los escritores de género fantástico o ciencia-ficción, que a sus antecesores en la carnicería humana. Ha sido un tema preferido de los mejores autores y hay novelas y cuentos maravillosos, que hemos procurado reseñar. Un clásico de H.G. Wells nos muestra que también él abordó el tema. También hemos recogido textos de nuestros autores que ven el asunto desde sus perspectivas particulares.

Un cuento de Ramón Díaz Eterovic nos presenta al detective Heredia enfrentado a una situación que involucra al coronavirus. Helios Murialdo aporta en su cuento un uso especial del virus. Nicolo Gligo no se refiere directamente a él, pero nos da una visión futura de una sociedad de sobrevivientes de aquí a veinte años.

Los géneros literarios populares no son ajenos a los temas de la gente, y aquí están unos suculentos ejemplos.

Bartolomé Leal
Director

El caso del helado de vainilla

Ramón Díaz Eterovic

Uno cree que lo ha visto todo, pero se equivoca porque la vida siempre ofrece algo más de que asombrarse, comentó Heredia antes de probar su primer vino de la tarde en el bar «Unión Chica», donde los parroquianos pobres y con frío se apretujaban junto a la barra de madera atendida por un mozo de rostro cadavérico del que se decía hacía una muesca bajo el mesón cada vez que uno de sus clientes se moría. Nos encontrábamos en nuestro tradicional encuentro de los lunes y los amigos del detective esperábamos con impaciencia el relato de su pesquisa relacionada con el crimen del almacén. Los pocos diarios que seguían publicándose en papel informaban profusamente sobre los hechos, pero ninguno aclaraba porque lo llamaban el caso del helado de vainilla. Heredia se tomó su tiempo y enseguida empezó a hablar en voz baja como si dudara de revelar lo que deseábamos oír los congregados a la llamada mesa de los poetas que en otra época había reunido a Rolando Cárdenas, Jorge Teillier y otros vates.

Al comienzo —dijo—, y como todos los que conocimos el caso cuando sólo era un titular más en la radio, me pareció un asunto de drogadictos que aprovechaban la soledad de las calles y la falta de vigilancia para cometer sus tropelías. Un tema para el olvido, habría dicho de no haber un muerto involucrado. Pero después, cuando me pidieron que investigara lo sucedido y conversé con el muchacho en su celda, pensé que los hechos respondían a la implacable lógica de la miseria y no quedaba otra cosa que mover la cabeza y decir que la vida es confusa, imprevisible, injusta la mayoría de las veces. Y si quisiera hacer cuentas torcidas, como las que hacen los ministros y los políticos en la televisión, diría que las víctimas en el caso que comento fueron tres. El Beto, su abuela y el almacenero. Al final ustedes decidirán cuál es la cuenta que más les convence, sentenció Heredia como para comprometernos con el desarrollo y final de la historia. Lo que tengo claro es que anticipé lo sucedido en una entrevista que me hicieron a propósito del asalto a una de esas armerías de la avenida Bulnes a la que van a comprar

los pacos y otros patos malos acostumbrado a disparar a gente indefensa. En una de mis respuestas le dije al periodista que en el marco de la pandemia que nos tenía confinados y con el alma en un hilo, el próximo estallido social sería por hambre y necesidades médicas. El periodista me miró con cara de este tipo exagera, pero ahora da lo mismo lo que pensara ese cagatintas: la gente se muere enferma y con hambre. Volviendo a lo que nos preocupa y como les estaba diciendo, mi visión sobre los hechos cambió después de visitar al Beto en la cárcel. ¡Pobre muchacho! Me apena que se haya jodido tan joven y por un arrebató que perfectamente pudo controlar. Cuando salga del penal, si no se cruza en el camino de una estocada, será otro, maleado y curtido como una cartuchera de cuero. Y todo porque el dueño del almacén le dijo que no. Sí, no me miren mal, sé que no es el tema que han venido a oír, agregó Heredia como disculpándose. En la cárcel me dediqué a escucharlo y desde el comienzo me quedó claro que el muchacho quería a la vieja. Al parecer, y no lo digo para justificarlo, fue la única que siempre le demostró cariño y se preocupó por él desde que era un pendejo moquillento que se meaba en los pantalones de puro frío.

Heredia guardó silencio por un instante y respiró hondo como si el aire fuera escaso al interior del bar. Sacó un cigarrillo de su chaqueta y sin importarle los letreros que colgaban de las paredes y recordaban la prohibición de fumar, lo prendió utilizando una cajita de fósforos que tenía pintado el logo de una empresa de comunicaciones. La abuela cayó enferma al mes del inicio de la pandemia, continuó. Un sábado por la tarde la llevaron a un hospital y al día siguiente estaba de regreso en su casa. Faltan camas y ventiladores mecánicos, tuvimos que elegir entre la abuela y un paciente joven, les dijo un médico apesadumbrado por el peso de la realidad. Pese a que era una respuesta esperable igual al Beto le dio rabia cuando la comentaron en familia, no tanto por el médico como por el hecho de que no tenían dinero para llevarla a otra parte; y porque la casa donde vivían era pequeña como todas

las del barrio. Sus padres ocupan el dormitorio principal. Sara, la hermana mayor, junto con su marido y su hija usaban el segundo dormitorio. Beto con su hermano Andrés ocupaban un cuarto estrecho donde sólo cabía un colchón de una plaza. Instalaron a la abuela en la sala de estar, de espalda a la mesa del comedor y frente al pequeño televisor en el que habían visto innumerables teleseries y la final de la Copa Centenario.

El primer día la madre de Beto se fue a llorar al patio de la casa. No tanto por la vieja que se les moría como por la estrechez y la pobreza en la que vivían. Antes de la aparición del virus mortal la abuela residía en un hogar de ancianos que administraba una institución de la iglesia católica, pero a poco saberse de la pandemia llamaron al padre del Beto y le dijeron que debía retirar a su madre del lugar, porque a una de las residentes la habían encontrado contagiada y al final, como suele suceder con muchas cosas, pagan justo por pecadores, o, mejor dicho, sanos por contagiados. La noticia cayó como una asteroide en medio del comedor familiar, y a Beto le recordó el hongo de la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima que había visto en una película de la tele. Nada fue igual desde ese momento; cada miembro se refugió en su pieza y el living-comedor se transformó en una especie de pantano tenebroso que tenían que cruzar rápido para no arriesgarse a caer en las fauces de los caimanes. La abuela siempre estaba como ida, lejana. Nadie sabía si extrañaba el asilo o pensaba en otra cosa, como su infancia en Iquique o el viaje a Santiago en un tren con asientos de madera y locomotora a carbón. La mayor parte del tiempo estaba callada y ratos parecía acordarse de familiares o amigas remotas. Fue al tercer o cuarto día cuando Beto se detuvo junto a su cama y la escuchó pedir helado de vainilla. Primero en voz baja y luego con un grito desmesurado si se tenía en cuenta la evidente fragilidad de la abuela. Beto se lo comentó a su madre y ella se limitó a contestar que no había dinero para satisfacer caprichos. Las empresas comenzaban a cerrarse paulatinamente. El marido de Sara llevaba tres días cesante y el padre de Beto estaba informado que su trabajo se terminaba en dos semanas. La vida comenzaba a caerse a pedazos y todos se preguntaban por el día en que el virus fuera el mal sueño que desaparece con las primeras luces de la mañana. Sin embargo, la pesadilla seguía ahí, bien acomodada en el sillón del cuarto de estar, sonriendo a la abuela hasta que la noche caía sobre el barrio y a ratos se escuchan los pasos de los milicos que de vez en cuando controlaban el cumplimiento de la cuarentena.

El detective hizo una pausa y consultó su reloj como si tuviera que ir a otra parte o llegar temprano a departamento donde sólo lo esperaba un gato mañoso y las

huellas de la humedad que trepaba por los muros. La falta de trabajo colocó de mal genio a los residentes en la casa, añadió. Ponerse de acuerdo en una película o programa de televisión se convirtió en un motivo de reyerta. Acordar el menú del día siguiente pasó a ser una lucha enconada hasta que empezaron a faltar los víveres y se cocinó lo que quedaba en la alacena. Andrés empeñó una tijera de cortar pasto que tiempo atrás le habían regalado mientras arreglaba un jardín en una casa del Barrio Alto. Al día siguiente llegó con una caja de cartón en la que traía dos paquetes de tallarines, un kilo de arroz y una caja de té en bolsitas. La abuela lo vio sacar las cosas de la caja y recobrando por unos segundos la lucidez, gritó: ¡Helado de vainilla! A todos les dio risa y luego pena, pero nadie dijo nada. Andrés invitó a Beto al patio a fumar los dos cigarrillos que había comprado en el almacén del barrio. En el patio escucharon la radio que tenían encendida los vecinos. Fue la primera vez que oyeron mencionar las cifras de contagiados y de muertos que iban en aumento. Dos días después Beto acompañó a su hermano a trabajar de cargadores en un camión que surtía de frutas a los puestos de La Vega. Volvieron a la casa con una caja de frutas, cinco kilos de porotos y tres cajetillas de cigarrillos. Al día siguiente murió el primer vecino del barrio. No tuvo velorio ni sepelio. A Beto le contaron que lo metieron en una gruesa bolsa de plástico y lo llevaron a un crematorio. La viuda ni siquiera pudo verle la cara ni ponerle calzoncillos limpios; tuvo que resignarse a ver pasar la bolsa desde una ventana. El cura de la parroquia la consoló durante un par de horas y le aseguró que la falta de ataúd y de rezos no afectaría el ingreso del finado al paraíso. Dios sabía de pestes, le dijo, y luego recordó la historia de Moisés y las siete plagas de Egipto. La misa del domingo se la dedicaron al finado, pero no asistieron más fieles que los familiares. El cura había advertido a sus feligreses que no deseaba que se produjeran los choclones que armaban los canutos en ceremonias a las que asistían cien o más personas. Al cabo de una semana la abuela pasó a ser parte del decorado de la casa. Le cambiaban los pañales dos veces al día, le daban de comer y se quedaba viendo cualquier cosa que exhibieran en la televisión. Beto se sentaba junto a ella por las noches; le recordaba historias de su infancia y la oía pedir helado. Las reiteradas peticiones de la abuela comenzaron a ser comentadas en los almuerzos. Algunos se rieron, otros volvieron a decir que no había dinero para caprichos, sólo Beto se atrevió a decir que parecían cada vez más desesperadas. Su padre se rio en su cara y su hermana le dijo que no fuera huevón y dejara dormir a la vieja en paz. Total, y si era cierto lo que comentaban en la tele, a la abuela no le quedaba mucha lienza en el carrete.

Las cosas se pusieron más difíciles cuando la cuarentena pareció extenderse sin una fecha de término, comentó Heredia. Beto se quejó de los salvoconductos que había que pedir en la comisaría virtual; permisos que servían para ir al supermercado, la farmacia, el consultorio o visitar a un adulto mayor. Pasó una semana y no pudo encontrar un nuevo trabajo. Los ánimos comenzaron a caldearse al interior de la casa. Sara le dio un coscacho a su hija, y su marido, en desacuerdo con el castigo, le pegó una cachetada a Sara. El papá de Beto decidió intervenir y ensayó su mejor recto en el mentón de su yerno. Andrés salió al patio a mirar la luna y su madre hizo un voto de silencio por los próximos seis días. Los hermanos quisieron irse de la casa, pero no pudieron hacerlo porque nadie arrendaba piezas a tipos que no daban ninguna garantía de pagar el arriendo. La casa se hizo más chica, el aire más espeso, los murmullos más molestos. Hasta la abuela pareció resentir los cambios de ánimo. Se hundió en su silencio, comenzó a perder peso y en poco más de una semana quedó convertida en un bultito que a duras penas conseguía respirar, pero que al menos una vez al día juntaba fuerzas para pedir helado de vainilla.

Una noche, mientras fumaban y veían los fuegos artificiales que lanzaban los narcos para anunciar la llegada de mercadería a la población, Andrés le habló al Beto del pequeño supermercado que estaba frente a la plaza, entre una carnicería y el salón de belleza de la seño-

ra Rita. Está haciendo lana, mucha lana, dijo Andrés. A su dueño le dan las tres de la mañana contando billetes y podríamos ayudarle con ese trabajo si nos parecemos en el almacén quince minutos antes del toque de queda. Nos conseguimos unos fierros, pegamos unos gritos, llenamos la bolsa y arrancamos. ¿Qué te parece?, preguntó Andrés y no se habló más del asunto.

Cuando llegó el día y la hora, Beto se despidió de la abuela con un beso en la frente y salió de la casa detrás de su hermano. El almacén estaba a punto de cerrar y en la caja registradora se amontonaban los billetes —dijo Heredia antes de vaciar su copa de vino—. Quedaba un cliente que se retiró en el mismo momento que entraron los hermanos. En la caja estaba el dueño y a su lado el haitiano que ordenaba paquetes de cigarrillos en una repisa. Andrés y el Beto se acercaron a la caja y sacaron las pistolas que les había prestado un vecino narco.

¡Pásame toda la plata, viejo de mierda! —gritó Andrés al dueño del almacén. ¿Tienes helado de vainilla, concha de tu madre? —le preguntó el Beto, y la negativa del comerciante fue acallada por el estampido de un disparo que avanzó por la noche con el sigilo de un perro de presa.

De una u otra forma, de la pandemia y sus miserias nadie se escapa, concluyó Heredia, y luego contestó la llamada de una mujer que deseaba contratar sus servicios para ubicar a una amiga que llevaba dos semanas sin aparecer en el departamento que ambas compartían. **TN**

Ramón Díaz Eterovic

Autor de la larga y popular saga del detective Heredia, que comporta una veintena de títulos y una serie de TV. Los más recientes son *Los fuegos del pasado* (2016) y *La cola del diablo* (2018). Considera que la novela policial plantea el desafío de idear y desarrollar historias convincentes y atractivas, que permitan desplegar un punto de vista para mirar la historia desde la relación del crimen con el poder y la verdad. Es el autor chileno más prolífico, traducido y leído del género *noir*, con una reconocida trayectoria a nivel internacional.



PRONTO EN LIBRERÍAS

La Familia M
Un hogar para Lía Cautiva

IR AL WEB

EDICIONES POZO DE ARENA

Bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez

Helios Murialdo

La extravagante boda se realizó en los jardines de la mansión de la viuda, a la orilla del Río Tolomato, cerca de St. Augustine, Florida. La novia, Janice C. Macfarlane, una estupenda mujer, a pesar de sus 66 años, era la viuda de Carlyle T. Fawcett, magnate de la inextinguible industria del lápiz a mina, quien había dejado la mayor parte de su fortuna a su mujer y apenas una ínfima a sus tres hijos. El novio, Giancarlo Grimaldini, veinticuatro años más joven que Janice, era un experimentado y polifacético deportista proveniente de una familia emparentada con la empobrecida nobleza europea.

Debido a las restricciones impuestas por la pandemia, las autoridades del condado de St. Johns autorizaron la participación de, máximo, cincuenta invitados. Los tres hijos de Janice no asistieron, manifestando, una vez más, su rechazo enconado al matrimonio.

Los novios se habían conocido en el balneario de aguas termales de Karlovy Vary en Bohemia, República Checa. Ella estaba acompañada de su secretaria personal, quien se encargaba de mantenerla conectada con los eventos de la alta sociedad neoyorquina y europea, de programar reuniones filantrópicas, adquirir pasajes aéreos, reservar hoteles, mantener bajo control su incipiente diabetes y su presión, según las instrucciones de los médicos, y de conservar remozada su piel; esto último, razón de su visita a las termas.

Giancarlo había arribado a las termas acompañado de una joven abogada oslense. Inga Andreassen era culta, bella y atlética y, además, divertida y entusiasta en la cama; actitudes típicas de las relaciones jóvenes, libres de preocupaciones y responsabilidades. Pero él tenía en claro que la relación no podría ser duradera. A medida que ella ascendiera de status dentro del bufete de abogados, su propio status —había abandonado sus estudios de arquitectura después dos años en la universidad—, disminuiría, pasando a ser un apéndice irrelevante. Por eso fijó sus ojos en Janice Macfarlane. La divisó nadando con ágiles

brazadas en la piscina, la tarde en que ellos arribaron al hotel y después, en el restaurante a la hora de la cena, siempre acompañada de una dama de mediana edad, quien, sospechó, sería su asistente.

Esa noche esperó a la asistente de la —a todas luces— acaudalada mujer, cerca de la gran escalinata del foyer del hotel. Supuso que después de acompañar a su “lady” al dormitorio y dejarla bien acomodada en cama, tal vez con un libro en sus manos, ella bajaría al bar para entablar conversación con algún otro huésped y compartir un trago. No se equivocó. La siguió a la distancia y tan pronto se sentó frente a la barra, él se instaló próximo a ella. No tuvo ninguna dificultad en entablar conversación; claramente, ella estaba ávida de compartir un momento con alguien, tal vez en especial, del sexo opuesto.

Su nombre era Melinda Blanchet, oriunda de Montpelier, Vermont. Conversaron en inglés, aunque ella se manejaba bastante bien en francés. Lo había aprendido mirando televisión de Montreal y lo había practicado viviendo en esa ciudad un año. Esto le permitió a Giancarlo utilizar de vez en cuando galanterías en francés, uno de los cinco idiomas que dominaba. Melinda había estudiado literatura inglesa y había sido profesora en un colegio unos años, hasta que conociera a los Fawcett en Nueva Jersey. Había trabajado de secretaria general de Carlyle Fawcett y luego de asistente personal de su esposa, Janice, hasta el presente.

Gracias a Melinda, él se enteró de la edad de la señora MacFarlane, de su salud, de su entusiasmo por largas caminatas, de su pasión por la literatura y en general por el arte, y por eventos sociales relacionados con la recolección de fondos para promover la prevención y cura de enfermedades atribuidas a desórdenes de autoinmunidad, en especial el Síndrome miasténico o Síndrome de Eaton-Lambert, causa de la muerte de su marido a una edad relativamente temprana. Le informó, además, que residían

principalmente en Nueva York, excepto en invierno, cuando se trasladaban a la residencia en Florida.

Él relató sucintamente algunas facetas de su persona, mitad inventos y mitad verdades adornadas y glorificadas, como, por ejemplo, que poseía una industria pequeña de calderas domiciliarias y calefontos en Brescello, Reggio Emilia, Italia, lo que distaba enormemente de la realidad. La fábrica no era pequeña, lo diminuto era el número de acciones que él poseía en la empresa, cuyos magros dividendos anuales era su única fuente de ingresos.

—Curiosamente, nunca hemos estado en Noruega —dijo ella cuando se enteró que la acompañante de Giancarlo era de Oslo, implicando que, a pesar de haber viajado por medio mundo, se habían saltado el país nórdico—. No hemos tenido la oportunidad de visitar el país de Edvard Munch —agregó, refiriéndose al pintor del famoso cuadro «El grito», alzando las cejas y esbozando una sonrisa, claramente ridiculizando con candor su propia frase.

—Yo nunca he estado en Florida —replicó él, dando a entender, falsamente, que era uno de los pocos lugares del orbe que no había visitado.

Acordaron almorzar los cuatro al día siguiente en uno de los restaurantes del hotel.

En las encrucijadas de la antigua Roma —trivia en latín—, se compartían frases triviales. Los restaurantes de hoteles en centros turísticos, al igual que los ascensores, se han convertido en trivia, donde se congregan personajes desconocidos y distantes. En la conversación de ese almuerzo recorrieron varios países, museos, centros de esquí, mares tibios y villas en lagos franceses e italianos. Todo lo cual sería olvidado en las próximas horas.

—Tienen que visitarnos en Nueva York —ofreció Janice.

—Merci beaucoup, me parece una excelente idea —respondió Giancarlo, desplegando una gran sonrisa y extrayendo su Iphone, pronto a anotar los datos necesarios para contactarse con Janice MacFarlane y su asistente.

—Aquí tienen nuestra dirección —dijo Melinda, extrayendo una tarjeta de visita de un bolso. —Y a ustedes las esperamos en Oslo —dijo Inga Andreassen, entregándole a Melinda su propia tarjeta del bufete de abogados al cual pertenecía.

No por ser un amante de la dulce vida, Giancarlo era un despiadado. Pero para mantener su estilo de vida necesitaba urgente una fuente generosa y segura de ingresos. Janice era mucho mayor que él, pero estaba a años luzes de ser una anciana. La pareja del presidente de Francia, Emmanuel Macron y su esposa Brigitte Trogneux, veinticuatro años mayor que él, se le pasó por la mente. Se imaginó que la vida junto a ella podría ser entretenida y, cla-

ro, casi siempre, para obtener un fin imperioso, es necesario sacrificar algo deseable, en este caso, la tersura e ímpetu de los epitelios y músculos lozanos. Diez o quince años de sacrificio —eso se imaginó que le quedaba de camino a la viuda— bien valían la pena para hacerse de una fortuna inconmensurable. Su estrategia contemplaba además con un plan B: el divorcio al cabo de algunos años, ojalá bajo términos amistosos, pero sujeto a un suculento acuerdo financiero.

Meses después, Melinda fue al aeropuerto JFK Kennedy de Nueva York a buscar a Giancarlo Grimaldini, precedente de Milán. La fecha, arribo y pormenores de su viaje habían sido todos intercambiados por internet y telefónicamente. No venía acompañado. Mientras el chofer conducía el Cadillac hacia la ciudad, los pasajeros se atiborraron de trivialidades, conversando del clima y sus viajes recientes. Al visitante se le asignó una suite en el penthouse de la viuda. Ni Melinda ni Janice le preguntaron por cuánto tiempo se quedaría con ellas.

Sólo bastó una semana para que, después cenas a la luz de las velas, visitas a museos, bailes en eventos sociales, Janice y Giancarlo se conocieran bíblicamente. Giancarlo quedó sorprendido del entusiasmo de Janice entre las sábanas; no había tenido la oportunidad de conocer la fogosidad de una mujer de edad con largos períodos de abstinencia. Janice quedó encantada con la ternura y juventud de su nuevo amante. Bastaron tres meses para que aflorara entre los labios de los amantes la palabra matrimonio, ya en pleno tiempos de pandemia. También bastó un mes para que Melinda, con sus extraordinarias habilidades, organizara la boda en la mansión de invierno en Florida.

Fue en Florida, días antes de la boda, que Giancarlo descubrió la forma de apurar el desenlace, denominado plan C. Reclinado sobre una chaise longue, bajo un toldo, a la orilla de la piscina, sorbiendo de vez en cuando pizcas de whisky con hielo, dormitando a intervalos, tuvo una revelación. La noche anterior, antes de abrazar a su amada, desnudos en la cama, había observado en televisión un documental sobre la pandemia de covid-19 y había suspirado, aliviado, cuando las estadísticas revelaron que él, por su edad y su estado físico, tenía ínfimas probabilidades de sucumbir a la infección. Pero en ese momento, su mente media alcoholizada y un tanto adormecida, se imaginó que pasaría si Janice se contagiara. Su estado físico era envidiable, pero su edad, diabetes incipiente y presión sanguínea mantenida a raya mediante una dieta estricta —evitando la cafeína, el alcohol, la sal y la ingesta de alimentos altos en grasas saturadas y colesterol—, la tornaban vulnerable.

—No es mucho lo que puedo aportar a la preparación de la boda —le dijo a Janice—. ¿Qué te parece que vaya a dar una vuelta a Daytona Beach, para conocerla y nadar en el océano?

—Ten cuidado —respondió ella, besándolo con fervor.

Después de almuerzo, escogió uno de los autos y en una hora y media cubrió las 80 millas entre la casa y la playa. Nadó en el océano, junto a hordas de bañista que no respetaban las restricciones en el agua y tampoco en la playa, sin mascarillas. Al atardecer, fue a dos pubs donde bebió casi nada —tenía que conducir de regreso—, pero departió con otros contertulios, escogiendo grupos sin mascarillas.

Al segundo día salió después del desayuno, y en tres horas y 45 minutos llegó a West Palm Beach, donde repitió las aventuras del día anterior en Daytona Beach. El tercer día, el anterior a la boda, regresó a Daytona Beach.

A la semana después de la boda, diecisiete de los invitados y ambos desposados presentaron síntomas de covid-19. Los oficiales de la salud fueron incapaces de rastrear el origen de los contagios y concluyeron que el causante podría haber sido cualquiera de los invitados, aún en estado asintomático.

Como era de esperarse, Giancarlo —y Melinda— se recuperaron en los próximos días, pero Janice empeoró y tuvo que ser trasladada a un hospital, donde, después de tres semanas falleció.

El plan C, concluyó Giancarlo, había resultado.

Giancarlo y Melinda acudieron a la cita con los abogados para enterarse del testamento. A pesar de su interés por encontrar un compañero y de haberse enamorado de Giancarlo, Janice no había perdido la habilidad de razonar. Había estado perfectamente consciente de que, aunque no dejaba de ser atractiva a los ojos de los hombres, su principal hechizo consistía en su cuenta corriente, su flujo de caja, su participación accionaria en la fábrica de lápices y las mansiones en la calle Broome en Manhattan y en la ribera del río Tolomato en St. Augustine, Florida. Y aunque Giancarlo la había llenado de dicha, no por eso iba a ser diferente al resto de sus admiradores. Por eso, antes de trasladarse a St. Augustine, había acudido donde sus abogados para actualizar su testamento.

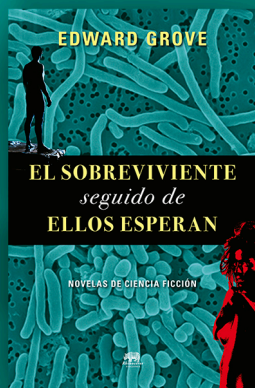
La mayoría de sus bienes quedaron para sus hijos y otra porción importante fue donada a la Sociedad Síndrome de Eaton-Lambert. Melinda Blanchet heredó dinero suficiente para comprarse un departamento en Nueva York y un paquete de acciones para asegurarle una pensión para el resto de su vida. Giancarlo Grimaldini recibió un estipendio de cien mil dólares para vivir holgadamente por un año, una cantidad infinitamente alejada a la de sus sueños... **TN**

Helios Murialdo

Se inició desde la adolescencia en la escritura, fundando revistas, diarios estudiantiles y publicando cuentos y piezas teatrales. Ha incursionado en la narrativa policial y negra con un enfoque minucioso, cercano a especialidad científica, la biología molecular. Ha ejercido la docencia y hecho investigación, sobre todo en Canadá. Es un autor de corte romántico con lo que mechado sus originales incursiones en el *noir* como *Licor negro* (2017). No obstante su pasión parece ser la literatura de ficción y más precisamente el género negro. Es autor de media docena de novelas y cuentos suyos aparecen en compilaciones y antologías. Confiesa que tiene material inédito y ganas de seguir publicando.



REGRESA UN CLÁSICO DE EDWARD GROVE



«En nuestro idioma ha habido pocos autores del género de la Ciencia Ficción. Destaca un puñado de chilenos: Hugo Correa, Antoine Montagne y Diego Muñoz Valenzuela. A ellos se agrega Edward Grove, autor de varias novelas en los años 90 que se han transformado en objeto de culto, y que se reeditan en este volumen para delicia de los fans.

El sobreviviente es una novela de la subcorriente de la CF bautizada del “último hombre en la tierra”. Es un tema que ha sido tratado brillantemente en varios clásicos del género. Ellos esperan, por su parte, se inscribe en otra subcorriente de la CF especulativa: la novela de los “mundos ocultos o secretos”, donde se desarrolla una civilización paralela que crece en el propio planeta, bajo nuestros pies».

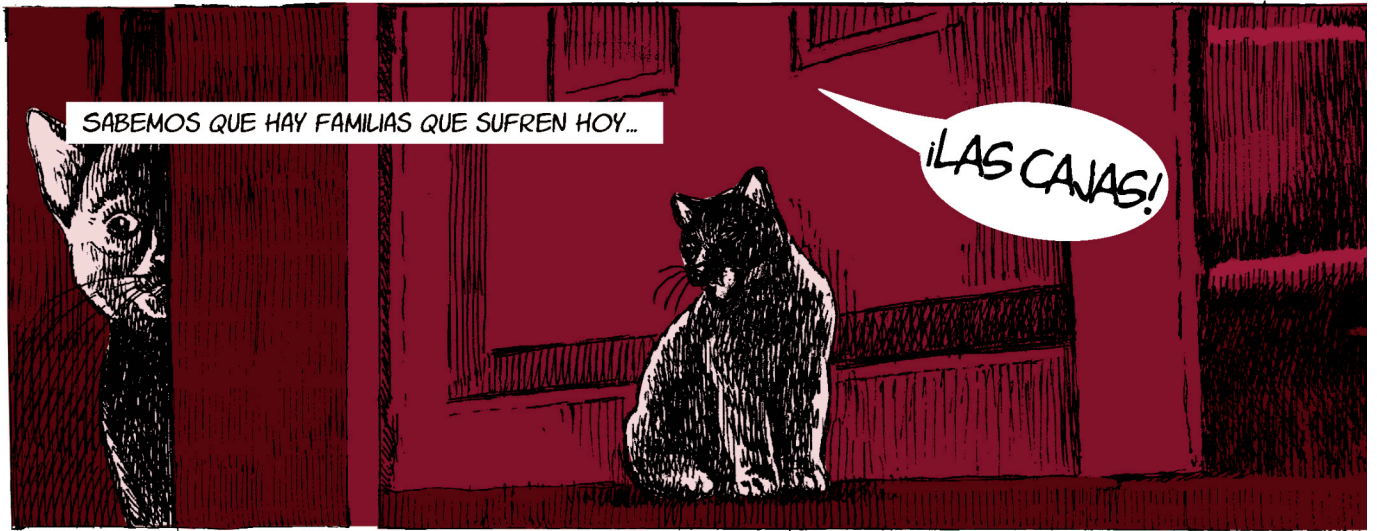
[IR AL WEB](#)

DISCULPAS

GUIÓN: VANCHO / DIBUJOS: KAMPF



COMO GOBIERNO ESTAMOS MUY PREOCUPADOS...



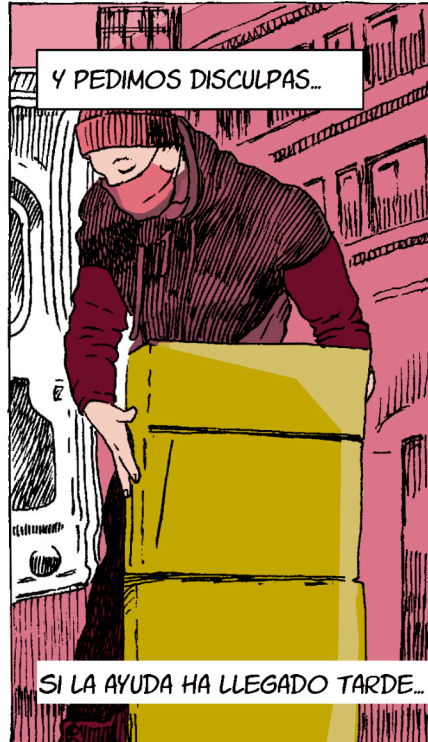
SABEMOS QUE HAY FAMILIAS QUE SUFREN HOY...

¡LAS CAJAS!



ESCUCHAMOS SU VOZ DESESPERADA...

MIAUUU



Y PEDIMOS DISCULPAS...

SI LA AYUDA HA LLEGADO TARDE...



MUY TARDE.

Reflexiones de un superviviente en el año 2040

Nicolo Gligo Viel

Escribo estas notas con mano temblorosa aunque todavía suficientemente firme como para sostener la pluma. Es mi día de cumpleaños. Mi cumpleaños número 100. Tal cual. No he llegado tan lejos como el 2040 por los progresos de la medicina, quisiera aclararlo. Aunque tal vez algo ayudaron (sobreviví a la pandemia del 2020). Son mis genes. Pertenezco a una familia de longevos y los centenarios no han sido raros desde que llegamos desde las costas del mar Adriático como inmigrantes. Pero lo que sí se ha deteriorado en mí es la esperanza. Tras un siglo de batallar, podría decir.

Tarde me di cuenta de que la gran mayoría de las estrategias, políticas y acciones para terminar con las agresiones ambientales habían tenido poco efecto. Y más aún, en no pocas ocasiones, éstas habían sido utilizadas para no alterar los ritmos de extracción de recursos, para no internalizar costos ambientales, para no sacrificar ingresos de corto plazo en función de políticas ambientales bonachonas; en fin, para que la modalidad de desarrollo siguiera su curso de réditos cortoplacistas minimizando las acciones públicas de largo plazo.

Perdimos tiempo al no comprender que tantas declaraciones y discursos, tantos nuevos conceptos y aparentes esfuerzos, eran en su gran mayoría reacciones de los impulsores del sistema de desarrollo vigente en el decenio del 20, que lo reinventaban todo para librarse de las amenazas de un cambio efectivo.

Llegué a creer en el paradigma del «desarrollo sostenible», pero después de muchos años me di cuenta que todo el mundo era partidario de él. Cada persona, institución gubernamental, club o empresa lo definía a su manera. Al final quedó una palabra chicle, que se estiraba o contraía según quien la usase y que sirvió solo para declaraciones de buenos propósitos.

Me acuerdo que hace 80 años empezamos a propiciar políticas y acciones para cambiar los sistemas de explotación y uso de nuestros recursos naturales y de los residuos, tanto urbanos como industriales y mineros. Nuestros esfuerzos a veces influían para cambiar alguna política pública y para introducir nuevas tecnologías dirigidas a ámbitos específicos, como energías alternativas, agricultura, manejo de residuos mineros, etc. Siempre tratábamos de que fueran rentables. Pero, de pronto, se rehicieron las políticas, se crearon otras líneas de acción sobre la base de los conceptos de la «disrupción tecnológica», definida como la factibilidad del uso de nuevas tecnologías sometidas a análisis económicos en función de sus curvas de costos. Ello permitiría a la sociedad tener a su disposición «productos e insumos disruptivos». Nos cambiaron nuestros esfuerzos, complejizando algo que era tan simple, pero en realidad no se aportó nada nuevo y solo perdimos tiempo.

Entonces percibí que tras esa época, hace cuarenta años atrás, los adoradores del sistema utilizaron la disciplina reina, la economía, para sus fines. De esta forma empezaron a apropiarse del lenguaje ambiental. Antes en el siglo XX cuando hablábamos de «sustentabilidad o sostenibilidad» la entendíamos como ambiental. Pero poco a poco empezaron a aparecer en los análisis y en las estrategias todo tipo de sustentabilidades, especialmente económica y financiera. Progresivamente, la sustentabilidad ambiental fue arrinconada y dejó paso al vago concepto de «desarrollo sostenible», que juntaba peras con manzanas.

De allí surgieron engendros, como la «bioeconomía». Una suerte de contradicción entre el mercado y lo que no está en el mercado, con confusiones conceptuales de tal magnitud que está «rama» pasó rápidamente al olvido. Pero aparecieron otros engendros lingüísticos.

Como el modelo predominante, depredador y marginalista, seguía en tela de juicio, se crearon otras tácticas de distracción, para neutralizar las críticas y embates, surgiendo así aparentes esfuerzos por «lo verde». Plantearon la necesidad de una «agricultura verde». Nosotros pensábamos que esto iba a poner fin a las pérdidas y agotamiento de los suelos, a evitar el proceso de expansión de la frontera agropecuaria, a evitar pasar del bosque tropical (verde), a los desiertos rojos. Pero eso no pasó y el bosque, en todo el mundo, siguió destruyéndose para ganar espacio para la ganadería, la producción extensiva de transgénicos, la urbanización, las carreteras, las explotaciones mineras.

Todo empezó a denominarse «verde». Esta táctica traía consigo el significado del color: la esperanza. Muchos nos esperanzamos en estos nuevos planteamientos. Se habló hasta de «economía verde», como si algo significase. Para mí lo único que podía significar era poner a lo biológico bajo las leyes de la disciplina de la economía. Se hicieron planes de “recuperaciones verdes” que no pasaron de ser los típicos recetarios de expresiones de deseos para hacer las cosas aparentemente bien. Hoy después de tantas décadas debemos reconocer que también en esto nos engañaron pues lo «verde» no innovó sobre lo que estábamos haciendo.

Así es como se establecieron estas tácticas para la agricultura, se trató de hacer algo similar con las ciudades. Por ello apareció el concepto de «ciudad sostenible», como si los esfuerzos de lo que hicimos el siglo pasado y las dos primeras década del actual no se hubieran realizados. «Ciudad autosustentable» fue la otra moda, negando el hecho que cualquier ciudad es un urbosistema que no funciona sin la entrada de materia, energía e información y sin la salida de energía y materia. Además, minimizaba la oferta ambiental del ecosistema en la que una ciudad está inserta. No existe la ciudad autosustentable ¿Qué era lo nuevo de los nuevos términos? Nada, solo modas distractivas.

La apropiación de términos como sustentabilidad empezó poco a poco a expandirse en otros dominios. Ecosistema, una típica palabra propia de la ecología, era

muy atractiva, por lo que decidieron utilizarlo en finanzas y economía. Así apareció el «ecosistema financiero», el «ecosistema de innovación» el «ecosistema de emprendimiento», y tantos otros. Apropiación ciertamente utilitaria y oportunista que produjo muchas confusiones.

Los continuos esfuerzos para no alterar las formas imperantes de la modalidad de desarrollo culminaron en la creación de términos espurios como «país circular» y «economía circular». Mucho esfuerzo habíamos realizado para intensificar el reciclado de productos, la utilización de productos intermedios, la agregación de valor a los residuos, etc. Nada diferencia esta economía supuestamente circular de los que estábamos haciendo. Pero además, es obvio que la «economía circular» no existe. La economía siempre ha sido y será entrópica ya que los procesos productivos no pueden estar al margen de la segunda ley de termodinámica. Otro engaño más para manejar el rumbo de los procesos en que estábamos encaminados.

Así como a cualquier proceso se le había agregado la palabra sostenible, así a todo se le agregó «eco». Apareció el «ecodiseño», el «ecotrabajo», el «ecoproducto», el «ecoproceso», etc. Todo empezó a llamarse eco... sin distinción. Me acordé que cuando era niño y salía al campo me paraba frente a un cerro no muy lejano y gritaba una palabra para sentir el eco. La palabra rebotaba pero se devolvía con muy poco volumen. Eso fue lo que pasó con estos otros «ecos». No tuvieron peso.

Ahora en mi cumpleaños número 100 estoy mirando mi entorno deteriorado y empobrecido. Infernal además por obra y gracia del calentamiento global. ¿Cuántos de esas engañosas palabras siguen vigentes? Creo que casi ninguna, pero cumplieron el rol de ponernos vendas y de perder un tiempo valioso que, de ser adecuadamente utilizado, nos hubiera servido para no llegar a la catástrofe irreversible en que estamos ahora, en el 2040. TN

Nicolo Gligo Viel

Ingeniero agrónomo con estudios en Chile e Italia, ha descollado en la lucha por la protección ambiental y los bosques nativos, desde organismos internacionales, la academia, organizaciones no-gubernamentales y el sector público. Su última publicación es *El pensamiento ambiental del Sur. Complejidad, recursos y ecología política latinoamericana* (2017), en el libro *La dolorosa marginalidad del pensamiento ambiental latinoamericano*, por Walter Pengue (compilador), Buenos Aires, Argentina. Poeta, Nicolo Gligo tiene una obra extensa que destaca por su fuerza expresiva y su desgarradora visión de la vida y la muerte, en particular *En la hora de los lobos* (1994) y *Cielos de mi Tierra (del Fuego)*, 2010, ilustrado con fotografías de su autoría. Es además autor de la novela *En el reino de Timaukel* (2012).



El bacilo robado

H.G. Wells

—**E**sta es otra preparación del famoso bacilo del cólera —explicó el bacteriólogo colocando el portaobjetos en el microscopio.

El hombre de rostro pálido miró por el microscopio. Evidentemente no estaba acostumbrado a hacerlo, y con su mano blanca y débil tapaba el ojo libre.

—Veo muy poco —observó.

Ajuste este tornillo —indicó el bacteriólogo—, quizás el microscopio esté desenfocado para usted. Los ojos varían tanto... Dele una fracción de vuelta para este lado o para el otro.

—¡Ah! Ya veo —dijo el visitante—. No hay tanto que ver después de todo. Pequeñas rayas y fragmentos rosados. De todas formas, ¡esas diminutas partículas, esos meros corpúsculos, podrían multiplicarse y devastar una ciudad! ¡Es maravilloso!

Se levantó y retirando la preparación del microscopio, la colocó en dirección a la ventana.

—Apenas visible —comentó mientras observaba minuciosamente la preparación. Dudó.

—¿Están vivos? ¿Son peligrosos?

—Los hemos matado y teñido —aseguró el bacteriólogo—. Por mi parte me gustaría que pudiéramos matar y teñir a todos los del universo.

—Me imagino —observó el hombre pálido sonriendo levemente—, que usted no estará especialmente interesado en tener aquí microbios semejantes en vivo, en estado activo.

—Al contrario, estamos obligados a tenerlos —declaró el bacteriólogo—. Aquí, por ejemplo.

Cruzó la habitación y cogió un tubo entre unos cuantos que estaban sellados.

—Aquí está el microbio vivo. Éste es un cultivo de las auténticas bacterias de la enfermedad —dudó—. Cólera embotellado, por decirlo así.

Un destello de satisfacción iluminó momentáneamente el rostro del hombre pálido.

—¡Vaya una sustancia mortal para tener en las manos! —exclamó devorando el tubito con los ojos.

El bacteriólogo observó un placer morboso en la expresión de su visitante. Este hombre que había venido a verle esa tarde con una nota de presentación de un viejo amigo, le interesaba por el mismísimo contraste de su manera de ser. El pelo negro, largo y lacio; los ojos grises y profundos; el aspecto macilento y el aire nervioso. El vacilante pero genuino interés de su visitante, constituían un novedoso cambio frente a las flemáticas deliberaciones de los científicos corrientes con los que se relacionaba principalmente el bacteriólogo. Quizás era natural que, con un oyente evidentemente tan impresionable respecto de la naturaleza letal de su materia, él abordara el lado más afectivo del tema.

Continuó pensativamente con el tubo en la mano:

—Sí, aquí está la peste aprisionada. Basta con romper un tubo tan pequeño como éste en una fuente de agua potable y decir a estas partículas de vida tan diminutas que no se pueden oler ni gustar, e incluso para verlas hay que teñirlas y examinarlas con la mayor potencia del microscopio: adelante, creced y multiplicaos y llenad las cisternas; y la muerte, una muerte misteriosa, sin rastro, rápida, terrible, llena de dolor y de oprobio, se precipitaría sobre la ciudad buscando sus víctimas de un lado para otro. Aquí apartaría al marido de su esposa y al hijo de la madre, allá al gobernante de sus deberes y al trabajador de sus quehaceres. Correría por las principales cañerías, deslizándose por las calles y escogiendo acá y allá para su castigo las casas en las que no se hierve el agua. Se arrastraría hasta los pozos de los fabricantes de agua mineral, llegaría, bien lavada, a las ensaladas, y yacería dormida en los cubitos de hielo. Estaría esperando dispuesta para que la bebieran los animales en los abrevaderos y los niños

imprudentes en las fuentes públicas. Se sumergiría bajo tierra para reaparecer inesperadamente en los manantiales y pozos de mil lugares. Una vez puesto en el abastecimiento de agua, y antes de que pudiéramos reducirlo y cogerlo de nuevo, el bacilo habría diezmando la ciudad.

Se detuvo bruscamente. Ya le habían dicho que la retórica era su debilidad.

—Pero aquí está completamente seguro, ¿sabe usted?, completamente seguro.

El hombre de rostro pálido movió la cabeza afirmativamente. Le brillaron los ojos. Se aclaró la garganta.

—Estos anarquistas, los muy granujas —opinó—, son unos imbéciles, totalmente imbéciles. Utilizar bombas cuando se pueden conseguir cosas como ésta. Eso me parece a mí.

Se oyó en la puerta un golpe suave, un ligerísimo toque con las uñas. El bacteriólogo la abrió.

—Un minuto, cariño —susurró su mujer haciéndolo salir.

Cuando volvió a entrar en el laboratorio, su visitante estaba mirando el reloj.

—No tenía ni idea de que le he hecho perder una hora de su tiempo —se excusó—. Son las cuatro menos veinte. Debería haber salido de aquí a las tres y media. Pero sus explicaciones eran realmente interesantísimas. No, ciertamente no puedo quedarme un minuto más. Tengo una cita a las cuatro.

Salió de la habitación dando de nuevo las gracias. El bacteriólogo le acompañó hasta la puerta y luego, pensativo, regresó por el corredor hasta el laboratorio. Reflexionaba sobre la raza de su visitante. Desde luego no era de tipo teutónico, pero tampoco latino corriente.

—En cualquier caso un personaje morbosos, me temo —dijo para sí el bacteriólogo. ¡Cómo disfrutaba con esos cultivos de gérmenes patógenos!

De repente se le ocurrió una idea inquietante. Se volvió hacia el portatubos que estaba junto al vaporizador e inmediatamente hacia la mesa del despacho. Luego se registró apresuradamente los bolsillos y a continuación se lanzó hacia la puerta.

—Quizá lo haya dejado en la mesa del vestíbulo —se dijo.

—¡Minnie! —gritó roncamente desde el vestíbulo.

—Sí, cariño —respondió una voz lejana.

—¿Tenía algo en la mano cuando hablé contigo hace un momento, cariño?

Pausa.

—Nada, cariño, me acuerdo muy bien.

—¡Maldita sea! —gritó el bacteriólogo abalanzándose hacia la puerta y bajando a la carrera las escaleras de la casa hasta la calle.

Al oír el portazo, Minnie corrió alarmada hacia la ventana. Calle abajo, un hombre delgado subía a un coche. El bacteriólogo, sin sombrero y en zapatillas, corría hacia ellos gesticulando alborotadamente. Se le salió una zapatilla, pero no esperó por ella.

—¡Se ha vuelto loco! —dijo Minnie—. Es por esa horrible ciencia suya.

Y, abriendo la ventana, le habría llamado, pero en ese momento el hombre delgado miró repentinamente de soslayo y pareció también volverse loco. Señaló precipitadamente al bacteriólogo, dijo algo al cochero, cerró de un portazo, restalló el látigo, sonaron los cascos del caballo y en unos instantes el coche, arduosamente perseguido por el bacteriólogo, se alejaba calle arriba y desaparecía por la esquina.

Minnie, preocupada, se quedó un momento asomada a la ventana. Luego se volvió hacia la habitación. Estaba desconcertada. Por supuesto que es un excéntrico, pensó. Pero correr por Londres, en plena temporada, además, ¡en calcetines! Tuvo una idea feliz. Se puso de prisa el sombrero, cogió los zapatos de su marido, descolgó su sombrero y gabardina de los percheros del vestíbulo, salió al portal e hizo señas a un coche que morosa y oportunamente pasaba por allí.

—Lléveme calle arriba y por Havelock Crescent, a ver si encontramos a un caballero corriendo por ahí en chaqueta de pana y sin sombrero.

—Chaqueta de pana y sin sombrero. Muy bien, señora.

Y el cochero hizo restallar el látigo inmediatamente de la manera más normal y cotidiana, como si llevara a los clientes a esa dirección todos los días.

Unos minutos más tarde, el pequeño grupo de cocheros y holgazanes que se reúne en torno a la parada de coches de Haverstock Hill quedaba atónito ante el paso de un coche conducido furiosamente por un caballo color jengibre disparado como una bala.

Permanecieron en silencio mientras pasaba, pero cuando desaparecía empezaron los comentarios:

—Ése era Harry Hicks. ¿Qué le habrá picado? —se preguntó el grueso caballero conocido por El Trompetas.

—Está dándole bien al látigo, sí, le está pegando a fondo —intervino el mozo de cuadra.

—¡Vaya! —exclamó el bueno de Tommy Byles—, aquí tenemos a otro perfecto lunático. Tocado como ninguno.

—Es el viejo George —explicó El Trompetas—, y lleva a un lunático como decís muy bien. ¿No va gesticulando fuera del coche? Me pregunto si no irá tras Harry Hicks.

El grupo de la parada se animó y gritaba a coro:

—¡A ellos, George! ¡Es una carrera! ¡Los cogerás! ¡Dale al látigo!

—Es toda una corredora esa yegua —dijo el mozo de cuadra.

—¡Que me parta un rayo! —exclamó El Trompetas—. Ahí viene otro. ¿No se han vuelto locos esta mañana todos los coches de Hampstead?

—Esta vez es una señora —dijo el mozo de cuadra.

—Está siguiéndolos —añadió El Trompetas.

—¿Qué tiene en la mano?

—Parece una chistera.

—¡Qué jaleo tan fantástico! ¡Tres a uno por el viejo George! —gritó el mozo de cuadra—. ¡El siguiente!

Minnie pasó entre todo un estrépito de aplausos. No le gustó, pero pensaba que estaba cumpliendo con su deber, y siguió rodando por Haverstock Hill y la calle mayor de Camden Town con los ojos siempre fijos en la vivaz espalda del viejo George, que de forma tan incomprensible la separaba del haragán de su marido.

El hombre que viajaba en el primer coche iba agazapado en una esquina, con los brazos cruzados bien apretados y agarrando entre las manos el tubito que contenía tan vastas posibilidades de destrucción. Su estado de ánimo era una singular mezcla de temor y de exaltación. Sobre todo temía que lo cogieran antes de poder llevar a cabo su propósito, aunque bajo este temor se ocultaba un miedo más vago, pero mayor, ante lo horroroso de su crimen. En todo caso, su alborozo excedía con mucho a su miedo. Ningún anarquista antes que él había tenido esta idea suya. Ravachol, Vaillant, todas aquellas personas distinguidas cuya fama había envidiado, se hundían en la insignificancia comparadas con él. Sólo tenía que asegurarse del abastecimiento de agua y romper el tubito en un depósito. ¡Con qué brillantez lo había planeado, había falsificado la carta de presentación y había conseguido entrar en el laboratorio! ¡Y qué bien había aprovechado la oportunidad! El mundo tendría por fin noticias suyas. Todas aquellas gentes que se habían mofado de él, que le habían menospreciado, apartado o encontrado su compañía indeseable, por fin tendrían que tenerle en cuenta. ¡Muerte, muerte, muerte! Siempre lo habían tratado como a un hombre sin importancia. Todo el mundo se había confabulado para mantenerlo en la oscuridad. Ahora les enseñaría lo que es aislar a un hombre. ¿Qué calle era ésta que le resultaba tan familiar? ¡La calle de San Andrés, por supuesto! ¿Cómo iba la persecución? Estiró el cuello por encima del coche. El bacteriólogo les seguía a unas cincuenta yardas escasas. Eso estaba mal. Todavía podía alcanzarle y detenerle.

Rebuscó dinero en el bolsillo y encontró medio soberano. Sacó la moneda por la trampilla del techo del coche y se la puso al cochero delante de la cara.

—Más —gritó— si conseguimos escapar.

—De acuerdo —respondió el cochero arrebatándole el dinero de la mano.

La trampilla se cerró de golpe, y el látigo golpeó el lustroso costado del caballo. El coche se tambaleó, y el anarquista, que estaba medio de pie debajo de la trampilla, para mantener el equilibrio apoyó en la puerta la mano con la que sujetaba el tubo de cristal. Oyó el crujido del frágil tubo y el chasquido de la mitad rota sobre el piso del coche. Cayó de espaldas sobre el asiento, maldiciendo, y miró fija y desmayadamente las dos o tres gotas de la poción que quedaban en la puerta.

Se estremeció.

—¡Bien! Supongo que seré el primero. ¡Bah! En cualquier caso seré un mártir. Eso es algo. Pero es una muerte asquerosa a pesar de todo. ¿Será tan dolorosa como dicen?

En aquel instante tuvo una idea. Buscó a tientas entre los pies. Todavía quedaba una gotita en el extremo roto del tubo y se la bebió para asegurarse. De todos modos no fracasaría.

Entonces se le ocurrió que ya no necesitaba escapar del bacteriólogo. En la calle Wellington le dijo al cochero que parara y se apeó. Se resbaló en el peldaño, la cabeza le daba vueltas. Este veneno del cólera parecía una sustancia muy rápida. Despidió al cochero de su existencia, por decirlo así, y se quedó de pie en la acera con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando la llegada del bacteriólogo. Había algo trágico en su actitud. El sentido de la muerte inminente le confería cierta dignidad. Saludó a su perseguidor con una risa desafiante.

—¡*Vive l'Anarchie!* Llega demasiado tarde, amigo mío. Me lo he bebido. ¡El cólera está en la calle!

El bacteriólogo le miró desde su coche con curiosidad a través de las gafas.

—¡Se lo ha bebido usted! ¡Un anarquista! Ahora comprendo.

Estuvo a punto de decir algo más, pero se contuvo. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Cuando abrió la puerta del coche, como para apearse, el anarquista le rindió una dramática despedida y se dirigió apresuradamente hacia London Bridge procurando rozar su cuerpo infectado contra el mayor número de gente. El bacteriólogo estaba tan preocupado viéndole que apenas si se sorprendió con la aparición de Minnie sobre la acera, cargada con el sombrero, los zapatos y el abrigo.

—Has tenido una buena idea trayéndome mis cosas —dijo, y continuó abstraído contemplando cómo desaparecía la figura del anarquista.

—Sería mejor que subas al coche —indicó ella, todavía mirando.

Minnie estaba ahora totalmente convencida de su locura y, bajo su responsabilidad, ordenó al cochero volver a casa.

—¿Que me ponga los zapatos? Ciertamente, cariño —respondió él al tiempo que el coche comenzaba a girar y hacía desaparecer de su vista la arrogante figura negra empequeñecida por la distancia. Entonces se le ocurrió de repente algo grotesco y se echó a reír. Luego observó:

—No obstante es muy serio. ¿Sabes?, ese hombre vino a casa a verme. Es anarquista. No, no te desmayes o no te podré contar el resto. Yo quería asombrarle, y, sin saber

que era anarquista, cogí un cultivo de esa nueva especie de bacteria de la que te he hablado, esa que propaga y creo que produce las manchas azules en varios monos, y a lo tonto le dije que era el cólera asiático. Entonces él escapó con ella para envenenar el agua de Londres, y desde luego podía haber hecho la vida muy triste a los civilizados londinenses. Y ahora se la ha tragado. Por supuesto no sé lo que ocurrirá, pero ya sabes que volvió azul al gato, y a los tres perritos azules a trozos, y al gorrión de un azul vivo. Pero lo que me fastidia es que tendré que repetir las molestias y los gastos para conseguirla otra vez...

—¿Que me ponga el abrigo en un día tan caluroso! ¿Por qué? ¿Porque podríamos encontrarnos a la señora Jabber? Cariño, la señora Jabber no es una corriente de aire. ¿Y por qué tengo que ponerme el abrigo en un día de calor por culpa de la señora...? ¡Oh!, muy bien. **TN**

(Traducción de Bartolomé Leal)

Título original: *The Stolen Bacillus*, publicado el 21 de Junio de 1894 en la revista *The Pall Mall Budget*.



de Libros
www.delibros.cl

LIBROS EN PDF PARA DESCARGAR

¡Llévatelos desde \$ 1.000.- por el precio que tú quieras!

Las pandemias en la literatura de ciencia-ficción ¹

Por Bartolomé Leal

El tema de las pestes, plagas, epidemias o pandemias (especificadas así por su carácter ampliado), no ha sido demasiado recurrente aunque sí sustancioso en la literatura de todos los tiempos. Hay varios textos clásicos a menudo señalados como hitos. Empecemos por la Edad Media, con algunos relatos del siglo XIV por Bocaccio en su *Decamerón*, y Geoffrey Chaucer en sus *Cuentos de Canterbury*, donde se cuentan detalles no exentos de morbilidad acerca de la devastación causada en Europa por la peste negra, considerada un castigo de Dios.

En el *Diario del año de la plaga*, Daniel Defoe, el creador de *Robinson Crusoe*, narra en una mezcla de documento, novela y memorial, los estragos que causó en la Inglaterra del siglo XVII la llamada «gran peste bubónica». Dos siglos después, Mary Shelley, la autora de *Frankenstein o el moderno Prometeo*, publicó en 1826 *El último hombre en la tierra*, un relato apocalíptico de una sociedad diezmada por la peste. El libro es de un pesimismo tal que fue demolido por la crítica y la sociedad bienpensante. Gracias a una lectura menos sesgada fue revalorizado recién a mediados del siglo xx.

Un gran libro entre los dos siglos es *La nube púrpura* (1901) de M.P. Shiel, obra de culto que narra la historia de la humanidad aniquilada por una plaga de gases letales. Un personaje de moral frágil vuelve tras un viaje al Polo Norte y se encuentra dueño del planeta. Aunque no toca demasiado el tema de la epidemia misma, el libro es fascinante por sus intrincadas alegorías religiosas y merece ser citado como un precedente de ciertas corrientes en el género de la ciencia-ficción (CF).

Pero es con la novela *La peste escarlata* (1912) de Jack London, que entramos directamente en nuestro género. Este adelantado de la moderna CF sitúa su libro en el año

2073, cuando el mundo ha sido atrapado por la llamada «peste escarlata», que prácticamente acaba con la humanidad por su carácter incurable. Unos pocos sobrevivientes luchan por mantenerse organizados precariamente en tribus, a menudo atacándose entre ellas, haciendo del caos un modo de vida.

La consolidación del género

Al menos tres grandes clásicos de la CF del siglo xx recuperaron el tema. Se han transformado en lecturas predilectas de los aficionados. Uno es *La tierra permanece* (1949), de George R. Stewart, donde un personaje que es mordido por una serpiente cascabel adquiere inmunidad ante una infección masiva que ataca a la humanidad, la cual es prácticamente diezmada. Se dedica entonces a buscar como subsistir en un planeta retomado por las fieras, amén de asignarse la misión de encontrar otros sobrevivientes que den una esperanza de mantener con vida a la especie humana.

Otro título eminente es *El día de los trífidos* (1951), del británico John Wyndham, que muestra a una humanidad vuelta ciega por un fenómeno estelar (una especie de gran espectáculo pirotécnico), del cual son exentos unos pocos que no miraron al cielo. Se trata de extraterrestres que además plantan unas semillas en el planeta, que se transforman en plantas invasoras, ambulantes y asesinas, cebándose en la humanidad indefensa. Es una obra clásica entre las clásicas de la corriente post apocalíptica.

El tercer libro macizamente apreciado por los lectores y lectoras es la novela *Soy leyenda* (1954), de Richard Matheson. El mundo ha sido infectado por la llamada

«bacteria vampírica». La humanidad se descubre acosada por una suerte de nueva raza: los vampiros. Un superviviente no solo debe buscar como mantenerse vivo sino también batallar contra los infectados, que aspiran a chuparle la sangre; también para mantenerse ellos con vida, obvio. El protagonista lucha en soledad hasta que termina por darse cuenta que se ha convertido en un anacronismo. El único monstruo es él mismo. Una nueva «humanidad» ha tomado el poder; él no es sino otra leyenda como lo fue antaño el vampiro.

Los libros señalados arriba fueron publicados por Ediciones Minotauro, que hizo una contribución señera a la difusión de los mejores autores del género en idioma castellano. En una revista de esa editorial, que hoy por hoy es manjar de coleccionistas, salió la novela corta *Invernáculo* (1961) del británico Brian W. Aldiss, donde se toca una variante que la ciencia y la historia irán probablemente demostrando: la pandemia actual (y las que vendrán) no son ajenas al otro flagelo autoprovocado de la especie humana y heredado por la generación actual: el calentamiento global o «cambio climático», como se le suele llamar. En la novela de Aldiss la humanidad es drásticamente reducida por la luz solar, la cual se vuelve asesina y no más fuente de vida.

Cabe mencionar (aunque se desordene la cronología) que el recordado y prolífico J.G. Ballard en su novela *El mundo sumergido* (1962), también publicada por Minotauro, desarrolla la megahistoria de un aumento brutal de la radiación solar que hace que los mares inunden las tierras y se provoquen mutaciones en virus, animales y plantas, lo que complica notoriamente la vida de una especie humana incapaz de superar tamaña agresión de la naturaleza.

Fue justamente este sello editorial el que publicó años después la inaudita novela *Galápagos* (1985) de Kurt Vonnegut Jr. Una crisis financiera feroz es el resultado de una peste infecciosa que derrumba a la civilización. Los humanos han devenido estériles. Un grupo de ejemplares aún fértiles escapa hacia una isla del archipiélago de Galápagos, donde pretende recomponer la especie. Sin embargo evolucionan darwinianamente y entonces...

La nueva ola y el ciberpunk

Frank Herbert, el creador de la saga *Dune*, disfruta de una pléyade de seguidores fieles. En materia de pandemias es autor de una novela titulada *La peste blanca* (1983), que trata de un científico que para vengarse de ofensas personales (su familia ha sido diezmada por un atentado extremista), crea un arma biológica destinada a acabar exclusivamente con las mujeres. La propaga en

ciertos países promotores del terrorismo. Es transmitida por los hombres y con ello, por cierto, se bloquea el crecimiento futuro de la humanidad.

Muchos otros autores y autoras del género CF se han acercado a los temas de la desaparición o decadencia de la humanidad, por enfermedades masivamente catastróficas. La muy querida Úrsula K. Le Guin con *El eterno regreso a casa*, publicado en 1985 y el no menos venerado Philip K. Dick con su libro de 1965 *Dr. Bloodmoney*, aportan en esas novelas con otras visiones de la humanidad aniquilada. Aunque tal vez la novela más radical en esta línea sea *El rebaño ciego* (1982) del británico John Brunner. Se vive una época donde nadie puede bañarse en las playas, llueve lluvia ácida, nadie puede salir a la calle sin mascarilla ni beber agua del grifo, mientras el gobierno proclama que todo está bien, que hay seguir adelante con la vida normal y los ensueños personales...

Los rusos Arkadi y Borís Strugatski publicaron en 1972 la novela *Picnic junto al camino* (*Picnic extraterrestre*, también titulada *Stalker*), en la cual unos alienígenas dejan abandonada una basura que contamina un lugar (La Zona), que el gobierno y los expertos sanitarios decretan confinada para los visitantes, no así para algunos intrusos que propagan sus efectos letales. En esta misma línea, nada ajenos a la crítica del estado y las grandes corporaciones frente a las catástrofes masivas, han predicado algunos *popes* de la corriente *ciberpunk* de la CF como William Gibson y Bruce Sterling, el primero con *Neuromante* (1984) y el segundo con *Islas en la red* (1988).

Por su parte, *El sobreviviente* (1989, reedición 2019) de Edward Grove aporta una visión novedosa de la temática «el último hombre en la tierra». En esta novela se trata de un virus que ha atrapado a la humanidad y que transmite a los contagiados, primero un desenfrenado apetito sexual y luego un impulso por matar que no se detiene ni ante la propia autodestrucción. Una extraña imposibilidad de alimentarse los hace beber y beber cada vez más, hasta colapsar. Grove mete el dedo en la llaga en asuntos que nos representan.



El Sobreviviente
Edward Grove
2019
Rhinoceros Ediciones

El aporte del cuento

Aunque también en el cuento breve el tema ha sido brillantemente tratado. Empecemos por un precursor, el colosal Edgar Allan Poe, que en 1842 publicó su relato «La máscara de la muerte roja», donde la furia de una plaga es gatillada por el comportamiento disipado de un grupo de nobles que se ha encerrado en un castillo para escapar a su destino. El relato cierra así: «Y las tinieblas, y la corrupción, y la Muerte Roja lo dominaron todo» (traducción de Julio Cortázar).

Otro precursor, H.G. Wells, con su cuento «El bacilo robado» (1894), desarrolla con humor el caso de una manipulación mortífera de un descubrimiento científico para buscar un efecto letal. Es otra muestra del prolífico autor británico para sorprendernos con sus profecías. Hemos traducido el cuento mencionado para incluirlo en este número de Trazas Negras.

«El hombre iluminado» se titula un cuento de J.G. Ballard aparecido en la revista Minotauro 5, 1965. Un grupo de científicos dialoga sobre un virus enigmático: «Me recuerda los virus de estructura cristalina, ni animados ni inanimados, e inmunes al tiempo... Usted y yo seremos como ellos, muy pronto, y también el resto del mundo. ¡No estaremos vivos ni muertos!».

En «Regresa, cazador», de Richard McKenna (revista Minotauro 6, 1965), un planeta de ecología virgen donde animales y plantas son la misma cosa, es intervenido masivamente para instalar proyectos de desarrollo. Se le ataca con unas malezas asesinas llamadas «thanasís», que son finalmente vencidas por una peste vengadora que acaba con aquellas y con los humanos invasores. Como se dice al final del cuento: «Ellos, los hombres, eran su propia plaga».

En «Una corona de fumaria fétida», de Vance Arandhal, (revista Minotauro 10, 1968) se trata del soliloquio de un sobreviviente, «uno de los pocos que se llevarán a la tumba las cicatrices amarillas y azules de la peste... mientras otros agonizan en las calles». Termina con el protagonista cavando una fosa destinada a una niña moribunda, quien le ofrece unas floresapestosas para que adorne su propia tumba.

En otra revista clásica del género que creó adictos por los años 50, apelada Más Allá, en el cuento «El rito de pasaje» (junio de 1957), de Chad Oliver, antropólogo, se cuenta de una astronave convertida en sarcófago: «El Juárez estaba completamente muerto. Alguien, de algún modo, había corrido el albur con un germen, en uno de los planetas exteriores. Quizás hubiera estado apresurado, quizás hubiera sido un olvido, quizás hubiera sido simplemente una de esas cosas que suelen ocurrir».

También en Más Allá, número de abril de 1956, en la extraña novela corta *Mañana es otro día* de John Brunner, se

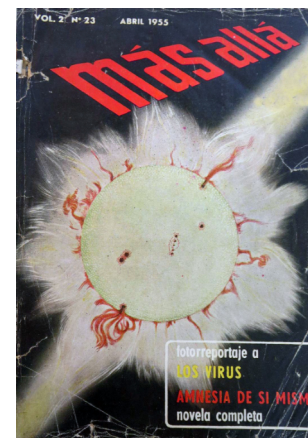
plantea la inevitabilidad de ciertos procesos globales: «El impulso de vivir es el más bestial de los instintos del hombre. Es una multiplicación ciega, no pensada. Representa las guerras, la peste, representa demasiada gente y pocos alimentos. Representa los suburbios superpoblados y las plagas y centenares de millones de gusanos ciegos, que se arrastran creyéndose importantes...».

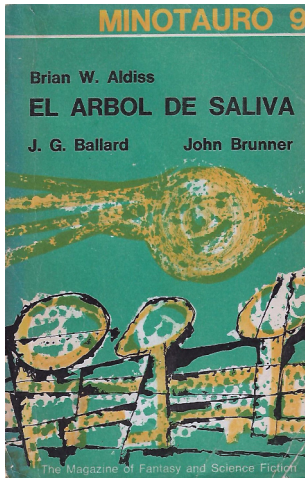
Imposible no mencionar en el rubro narraciones cortas, una obra maestra de la CF, *El hombre ilustrado* (1951), de Ray Bradbury, libro conformado por una sucesión de historias que son contadas por un hombre poseedor de tatuajes que cobran vida y cuentan lo suyo. Varias de tales historias tienen que ver con humanos agobiados por un planeta Tierra asolado por las plagas y las epidemias.

Lester del Rey

Este autor norteamericano, que uso tal seudónimo aunque no tenía nada de hispano, tal vez sea menos conocido que otros de la Época de Oro de la CF. Descolló sobre todo en el cuento. Se inició en los pulps, como tantos otros olvidados que suelen aparecer en las viejas revistas. Así, en el ejemplar de Más Allá de enero de 1954, el cuento «Misión tenebrosa» trata de un expedicionario marciano que busca un planeta para colonizar. Marte se halla atrapado por una peste que arrasa con la población: «Ese mal estaba en la piel de la persona afectada, donde otro al tocarla se contagiaba, y luego se propagaba a muchos más. En el aire, pocos minutos bastaban para matar y otros nuevos gérmenes se desprendían de los poros de la piel de modo que siempre había patógenos al acecho... Con el contacto, la enfermedad comenzaba su insidiosa conquista».

En el cuento «Fidelidad» de Lester del Rey, en la misma revista, quien narra es un perro evolucionado tras la desaparición de la especie humana. «Durante algún tiempo los hombres y nosotros disfrutamos de paz, entregados a reconstruir lo destruido por las guerras fratricidas. Fue entonces cuando sobrevino la plaga. Las antitoxinas preparadas dejaron de ser eficaces cuando la plaga aumentó en virulencia... Su efecto era como el de una





dosis fuerte de veneno. Sus víctimas morían entre horribles calambres y náuseas. Por un breve período, los hombres unieron sus fuerzas para combatirla pero ya era demasiado tarde».

Lester del Rey fue subiendo de pelo en la CF, creó revistas juveniles y publicó novelas. Incluso tuvo la buena idea de casarse (por cuarta vez) con una célebre intelectual llamada Judy Lynn, editora adorada por autores a quienes promovió, como Philip K. Dick, Robert Heinlein e Isaac Asimov. Recibió un premio Hugo póstumo (el Cervantes de la CF se podría decir). Genio de las finanzas, Judy compró al joven George Lucas los derechos de *La guerra de las galaxias* para sacar la saga en libro, un año antes del estreno de la primera película de la serie. Se hizo millonaria y con ella el marido, Lester del Rey. Su figura está en el altar de escritores y fans de la CF. Agreguemos que Judy Lynn padecía de enanismo y tenía sangre negra. Su humor cáustico era legendario. Parecía de otro planeta. O una mutante en el sentido más positivo.

Hay mucho más en la cantera inagotable de los cuentos y novelas de CF. Lo presentado hasta aquí es una muestra somera del poder no siempre apreciado del género para predecir el futuro, sin recurrir a supersticiones gastadas ni a supuestas revelaciones. Como lo expresó más o menos Arthur Clarke: «Cuando un viejo científico dice que algo es posible, probablemente ocurrirá; cuando dice que algo es imposible, con toda seguridad se equivoca».

¿Un futuro distópico?

Para cerrar. Si hemos de creer a estos profetas de la distopía terminal, situación en que acabaremos tarde o temprano, el futuro se prevé ominoso. ¿Evolucionaremos para soslayarlo? No tenemos respuesta. Los caminos son inciertos. La probabilidad apunta a que lo haremos aún peor. Y no solo por los estados totalitarios que se sucederán, como el que Orwell presagió en su novela 1984, escrita en 1948; sino porque, como lo puso Aldous Huxley en su injustamente olvidada novela *Mono y esencia* (también de 1948): el afán de lucro ilimitado de los mandriles mutantes que se han adueñado del planeta, tras la autodestrucción de la especie humana, tampoco aporta esperanzas. ¡Para nada! TN

(1) En este artículo presentamos libros traducidos al castellano con sus títulos respectivos.



Esta es la historia que deseo contar de tres chinos mafiosos que se dedicaron a especular con el coronavirus en Santiago de Chile, donde he quedado varada por los cierres de frontera. Los chinos se llaman: Pi Ghu-La, el más viejo (unos 48 años), cerebro del grupo; la mujer Chan Pa (de unos 40), pitonisa y yerbatera; y Pa Ghu-Li el hijastro (o hijastra porque es travestí ocasional), un jovencito menor de 20 años, a cargo de la fuerza bruta (es cinturón negro de artes marciales) y los contactos. El trío se hallaba dotado de una especial capacidad para trabajar los distintos frentes del asunto. Desde ya, llegaron arrancando de Wuhan, en la China central, donde se dice que nació la peste. Estaban bastante enterados de la medicina tradicional china en tanto usuarios y comerciantes, la cual desde que se inició el COVID 19 ha sido usada en ese país asiático. Se vinieron a este país sudamericano porque la policía los tenía entre ojos.

Estoy hablando sobre todo de la famosa sopita china consumida desde hace milenios, según ellos, para curar las enfermedades respiratorias y sus males concomitantes. Ha sido utilizada hasta el día de hoy en el tratamiento de la pandemia, junto con la medicina occidental antiviral convencional. Eso ha salido en la prensa.

Pues ese brebaje de ominoso color marrón está compuesto de unas veinte hierbas y otros ingredientes, incluso extractos de animales (garra de pangolín, hígado de tigre). Predominan tres ingredientes que le dan el sabor: efedra, ramitas de canela y licor de regaliz. Bueno, nuestros chinos la bautizaron «Sopita 2020. Mata al 19». Encontraron que existía una efedra chilena, un arbusto silvestre conocido entre los campesinos como «pingo-pingo». En Chile al regaliz se suele llamar «hierba dulce o palo dulce», crece por todos lados. Le metieron pues. Lo demás era fácil de suplir o falsificar. Habían traído de

Wuhan muestras del preparado, concentrado en un polvo de olor dulzón.

La china vieja lo reconstituyó con ingredientes locales. Se largaron los chinos a comercializar su sopita en los barrios pobres más afectados, donde la carne de cañón no puede respetar cuarentenas o aislamientos porque tiene que salir a trabajar, a hacer algo para no morir de hambre.

No eran los chinos de mente limitada y traían consigo algo de plata, de modo que se guardaron la sopita por un tiempo, sabían que era el as bajo la manga. Mientras tanto se dedicaron a otros negocios: las mascarillas, el gel desinfectante, los paracetamoles y el ibuprofeno, la cloroquina y lo que viniera para paliar la desesperación de la gente. Los chilenos son asustadizos y eso los hace bastante crédulos.

Nunca supe si los nombres de esos chinos eran seudónimos, apodos o alias; como fuera, consiguieron carné de identidad, o sea RUT como le llaman acá, abrieron rol de comerciantes, sacaron cuenta en el BancoEstado y se legalizaron. Compraron un triciclo eléctrico en calle San Diego. Chino por supuesto.

Todo lo que comercializaban era falso, pirateado o contrabandeado; o bien obsoleto por su fecha de vencimiento, la que removían con ayuda de productos químicos corrientes, de esos que se compran en las farmacias. Esa parte del trabajo lo hacía la china. Cuando empezaron las cuarentenas se las arreglaron para tener siempre salvoconducto. ¿Cómo lo hacían? Misterio. Su dominio del idioma era básico pero comunicaban. Daban a entender que venían de Wuhan y sabían como acabar con el «bicho», expresión usada por el pueblo para referirse al virus asesino.

Eran realmente emprendedores los chinos. Inescrupulosos. Múltiples. Pa Ghu-Li por ejemplo, se vestía de mujer para abordar ciertos medios: el rubro cosméticos, los



círculos gay, los deportistas y el físicoculturismo, las modelos y animadoras de la TV. Entraba con su lindo cuerpo oriental, se hacía querer y vendía la gama de productos más adecuados. El viejo se enfrentaba a los siempre díscolos y jodidos comerciantes de ferias libres, mercados y puestos callejeros. Si era necesario conseguir generosidad pro tercera edad, se hacía el decrepito, con ayuda de peinados y maquillajes que le hacían entre el hijastro/hijastra y la vieja. Todo práctico, no se enrollaban. Cuando fallaban en alguna maniobra, partían a otra.

Pienso que se creían superiores. Eran chinos en un país de idiotas. Habían envenenado al planeta y si querían podían desvenenarlo. No se emborrachaban y ni siquiera probaban el opio o cualquier otra droga. No se metían en negocios ilícitos obvios. Sabían que hasta la policía más pelotuda se manejaba bien en esos temas. Pasó así un largo tiempo sin que los agarraran por nada. Tampoco andaban jactándose o contando aventuras. Ganaban. Ponían el dinero en la nube, solo manejaban lo básico en cuentas perfectamente auditables.

Sin embargo, eran observados. No estaban en China, con esas masas gigantescas de gente moviéndose como olas durante un maremoto. Como hablaban raro, la gente los consideraba raros. No pronunciaban la letra ere que reemplazaban por la ele. A veces no se les entendía, sobre todo al principio. Decían «aló» en lugar de arroz y «calne» por carne y «pelo» por perro. Caminaban como robots. Los chilenos, con su modesto ingenio, les llamaban los «lobots».

Se suponía que eran cuatro, dos hombres y dos mujeres, aunque nunca se les vio juntos. Lucraban con parsimonia y método para sortear la pandemia, no se dejaban estafar, vicio chileno en cualquier estación. Habían pertenecido a una pandilla en Wuhan, poseían sólido know-how en la guerra entre los fuera-de-la-ley. Llegados al país, miraban bastante TV, exclusivamente los programas

nacionales para ir aprendiendo el idioma y los moditos chilenos. Operaban y dormían en un edificio para inmigrantes cerca de la Plaza de Armas de Santiago. Allí los vi entrar y salir de su piso cuando fui para visitar a unos compatriotas.

Se movían por la ciudad a cualquier hora. Como conté, obtener pases durante la queda no era problema para ellos. Sabían de calles peligrosas y atajos convenientes, sin GPS ni otros atributos. Solo confiaban en sus celulares Huawei equipados con aplicaciones convencionales. Cada uno tenía su aparato y su número y permanecían en contacto continuo. La vieja rara vez salía de casa y solo para hacer las compras de la familia y misiones especiales donde se requiriese su presencia. Sabía ver la suerte con los palillos chinos, el llamado I Ching, sabiduría que la pandilla reservaba para situaciones de emergencia.

Mientras los tres chinos se enriquecían con la epidemia, los chilenos empezaban a desesperarse. Ellos no se contagiaron y no contagiaron a nadie, al menos que lo hubieran sabido; aunque no faltaron los flaites (sobre todo mujeres) que empezaron a acusarlos de propagar el COVID. Los chinos no contestaban las insinuaciones y se hacían los suecos. Decidieron abandonar el comercio de mascarillas, que falsificaban con estilo, reciclando etiquetas en chino. Les llamaban bozales, como los que usan los perros. Más fácil de pronunciar y sacaba risas. No obstante el negocio había degenerado sin vuelta. Cualquier comadre con una máquina de coser hacía mascarillas con trapos usados. No servían más que para hacer la parada, como dicen los chilenos. Los chinos murmuraban; «Lebaja. Lebaja. Tles pol el plecio de una». Pero el mercado se había saturado.

Pasaron entonces a la madre de todos los negocios: la sopita de Wuhan. Confeccionaron unas etiquetas en chino con hartos colorinches, que pegaban en los frascos del polvo marrón. Solo se leía en castellano: «Sopita 2020. Mata al 19». Y más abajo: «Hospital Xing». Decían que los chinos tenían el secreto por eso habían acabado con la pandemia, pero no lo iban a entregar a los gringos para cagarlos. Que ellos la habían consumido, por eso la enfermedad no los tocaba. Ese era su discurso.

Pero el que la hace la paga, dice el dicho. A los chinos los vigilaron hasta que los pillaron vendiendo su sopita. Requisaron varios frascos. Hicieron traducir los textos por un especialista de Investigaciones. Salieron especificaciones de calcetines, juguetes, caramelos o lo que fuera. Los exámenes químicos resultaron fatales. Los acusaron de estafar, de poner en peligro la salud de la población. Los agarraron a todos juntos, no pretendieron separarse ni acusarse entre ellos. Al joven Pa Ghu-Li le cayeron acusaciones adicionales de ejercicio de la prostitución en tiempos de pandemia, y al viejo Pi Ghu-La de proxenetismo. No me consta pero tal vez sanaron a alguna gente con la famosa sopita marrón.

Los cagaron medio a medio. Les aplicaron nuevas legislaciones relacionadas con la pandemia. Les cayó multa, cárcel, juicio, condena y extradición. Todavía están esperando que los embarquen. Van a esperar harto porque en China no los reconocen, no tienen su identificación. Alguien del Registro Civil me contó que en su país estaban dados por muertos con la peste. De repente los van a soltar.

La ironía fue que estos chinos geniales cayeron el mismo día que unos famosos «primos» que incendiaron y destruyeron la estación de metro Sol, con pruebas irrefutables aportadas por la policía civil y uniformada. Igual aquellos facinerosos salieron libres y su único castigo fue «libertad vigilada». Bueno, así es este país. Espero salir pronto de aquí, la guerra civil se viene. A juzgar por la redes sociales, muchos están esperando que la autoridad (inexistente) relaje las medidas sanitarias para poner al país en llamas. **TN**

Mandrágora Castro



Es licenciada en letras, profesora en el Cusco, Perú. Especializada en novela picaresca y literatura colonial. Esta es su primera incursión en la prosa de ficción, motivada por su estadía obligada en Chile a causa de la pandemia.

COLECCIÓN LA OTRA OSCURIDAD

La colección que la alianza editorial Espora/Rhinoceros presenta a los lectores aficionados al género policial y negro, tiene como norte ofrecer un conjunto de textos que, aparte de su brevedad y su concisión, honren una fructífera tradición. Se trata de aquella narración que siendo más larga y elaborada que un cuento, está despojada de los rellenos que a veces lastran las novelas de mayor envergadura.

La novela No. 1 de la serie es de Eduardo Soto Díaz y se titula *Teresa la Tigresa, Caperuza de la droga*. Dos detectives, jefe y subalterno y además emparentados, se enfrentan a la mafiosa más peligrosa, astuta y truculenta del barrio Matucana. Pero no solo con ellos debe lidiar esta guerrera con kilos demás, sino con una banda rival, la del «Almeja» Vial, con quien se disputan cargamentos de droga haciendo uso de variadas triquiñuelas; y hartas balas por supuesto.

La novela No. 2 de la serie es de Bartolomé Leal y se titula *Femicidios a la carta*. Es una abierta provocación a lo políticamente correcto. Presenta a un retornado que vuelve de su exilio con el coco bastante a mal traer, y que intenta con dificultades establecer una relación normal con las mujeres. Se deja llevar por sus fantasías y sus frustraciones, hasta que termina por perpetrar unos asesinatos en serie que tienen mucho de perversiones sexuales, aunque él vea allí expresiones artísticas.

La novela No. 3 de la serie es de Raúl Bustos Ruiz y se titula *El caso Coelemu*. En un pueblo campesino del lluvioso sur de Chile, el asesinato de un niño conmueve a la provincia y al país entero. La Policía de Investigaciones moviliza a su mejor gente para encontrar al o los asesinos, en condiciones difíciles y con información vaga. El clima no ayuda y otros casos impiden en cierto momento darle continuidad a la pesquisa.



COMPRAR

Novela criminal y memoria en la narrativa chilena

Por Eduardo Contreras Villablanca

El pasado año 2019, un grupo de autores y autoras del género negro criollo, conformamos un colectivo que se dio a conocer como Manos al fuego, en homenaje al escritor José (Pepe) Gai que falleciera ese año. La denominación aludía a su novela de ese nombre. La novela de Gai se trata precisamente de un ejemplo de obra enraizada en la memoria, y con la definición particular que esta palabra ha ido adquiriendo en Chile, memoria en el sentido del recuerdo de la dictadura, y de las violaciones a los derechos humanos que se cometieron en ese periodo. El tema de la memoria y la novela criminal, fue uno de los temas tratados en los «Careos literarios», realizado el mes de octubre del año pasado.

Ramón Díaz Eterovic, el principal autor del género en Chile, desde fines de la década del ochenta a la fecha (e impulsor de los mencionados «Careos literarios»), desde sus primeras novelas generó historias en el contexto de la memoria histórica reciente, en concreto, del periodo de la dictadura. Si bien, su personaje Heredia evoluciona con los tiempos, y luego desentraña crímenes en la época de la transición, aun así, estos delitos más recientes suelen tener vinculaciones con el pasado dictatorial.

Óscar Brox, citado en un artículo del escritor Bartolomé Leal, en el que comenta la novela *Un abismo sin música ni luz* de Juan Ignacio Colil, señalaba: «A diferencia del relato criminal europeo, perdido en un maremágnum de malas novelas y booms literarios desnortados, el noir del Sur de América sabe cómo hacer de las numerosas heridas abiertas de su historia reciente, el combustible para sus ficciones».

En *Juegos de villanos* de Julia Guzmán Watine, también los hilos de la historia se remontan hasta el pasado pinochetista. Similar es el caso de *La verdad secues-*

trada, escrita por Eduardo Contreras Villablanca y Cecilia Aravena Zúñiga.

En algunos casos se revisitan hechos reales del pasado, como en *A veces lejos del rumor del mar*, de Verónica Silva, que trabaja con el conocido caso de los sicópatas de Viña del mar. Pero los atropellos más recientes a los derechos humanos no se quedan fuera, como los crímenes relacionados con la violación de derechos medioambientales por parte de grandes empresas, como en *Entre lutos y desiertos* de Gonzalo Hernández, y *La música de la soledad* de Ramón Díaz Eterovic. O los casos de pedofilia en la jerarquía eclesiástica, tema de *La cola del diablo* de Ramón Díaz Eterovic.

Los invitados que participaron en la mesa sobre novela criminal y memoria, en los «Careos literarios»: Gabriela Aguilera, Yuri Soria-Galvarro, Juan Pablo Sáez y Jorge Calvo, han escrito cuentos y/o novelas sobre el periodo oscuro de la dictadura, algunas novelas totalmente inmersas en esa época, como *La Partida* de Jorge Calvo, o sus secuelas de exilio, derrota, rabia, pero con alguna esperanza como en el caso de *El perseguidor de la luz* de Yuri Soria Galvarro (novela publicada el año 2019 en México y este año en Chile). O los inciertos y militarizados años noventa con un peso de la noche que en esa década no terminaba de irse, como en el caso de *Operación Réquiem* de Juan Pablo Sáez.

Gabriela Aguilera tiene cuentos a mi juicio notables dentro de esta temática, por mencionar algunos: «Últimas cenas», «Suéter azul con dibujos blancos», y «La palabra», pero Gabriela también ha incursionado en la memoria más reciente como es el caso de su novela *Saint Michel* en la que se describe la tragedia del incendio de la cárcel de San Miguel, y ha abordado también la memoria traspasando las fronteras de Chile como en el caso de *Guerreros de Dios* que tiene como trasfondo la guerra en los Balcanes.

Analizando estas obras, creo que hay dos dimensiones sobre las que reflexionar respecto al tema de la memoria: El tiempo, ¿qué tan hacia atrás recordamos? (Valeria Vargas, en *El misterio Kinzel. El primer caso de Laura Naranjo* se remonta hasta 1947). Y luego el lugar ¿en qué espacio físico rescatamos los recuerdos? Los autores y autoras de nuestro país se han movido bastante en esas dos dimensiones. A propósito de espacio físico, también Jorge Calvo nos saca de Chile en *La ciudad del fin de los tiempos*, donde los hechos transcurren en un país latinoamericano imaginario.

En el rescate de la memoria, algunos escritores, construyen personajes que se pueden identificar con personas reales de la historia reciente de Chile. Por ejemplo, en *Operación Requiem* de Juan Pablo Sáez, algunos han identificado al personaje de la guerrillera Verónica G. con Cecilia Magni (la Comandante Tamara), o con Marcela Rodríguez Valdivieso a quien la prensa en los noventa bautizó como «la mujer metrallera». En el caso de Jorge Calvo, en *La Partida*, se pueden identificar personajes siniestros como el Guatón Romo, o un oficial con características similares a Krasnoff Martchenko.

En todos los casos mencionados, esos personajes rescatados del pasado, funcionan, son coherentes con la historia que se

cuenta y con el entorno creado en la obra. Citando al gran escritor cubano Leonardo Padura (en palabras que le acabo de escuchar en una excelente conferencia sobre la novela y sus estrategias), son personajes que «campan solos», viven independientemente del patrón que los inspiró, como debe ser en la buena literatura.

En síntesis, la tragedia de nuestra historia reciente ha sido cantera para escritoras y escritores de Chile, en algunos casos inspirando no solo historias sino también personajes. La intencionalidad específica detrás de esta opción, en cada uno de estos autores y autoras (además de la evidente intención de crear buenas obras), probablemente sea el evidenciar esas heridas del pasado, con la esperanza de que al mostrarlas, y hacerlas vívidas se contribuya a evitar su repetición. Algunos de quienes participaron en los «Cereos Literarios», manifestaron dicha intención, ojalá así sea, desde luego aquello no depende sólo de esos buenos deseos.

TN

